

PRESENTACIÓN

Como signo de reconocimiento y de agradecimiento, pero, ante todo, debido a la profundidad de su mensaje y la conveniencia de fijarlo y difundirlo, la Universidad ha considerado pertinente la publicación de la mayor parte de los discursos pronunciados por José Ramón Busto Saiz S.J. como Rector de la Universidad Pontificia Comillas. De esta manera, además, adquiere continuidad una práctica iniciada al término de los rectorados de los Padres Guillermo Rodríguez-Izquierdo Gavala y Manuel Gallego Díaz, cuyos discursos fueron, asimismo, objeto de publicación por parte de la Universidad. También ha sido costumbre que la presentación del libro se confiase a algún miembro de sus sucesivos equipos de dirección, encomienda que recibimos con cierta emoción y no menos alegría, aplicándonos complacidos a esta tarea de hacer constar la gratitud de la comunidad universitaria hacia quien ha sido su Rector durante más de nueve años.

En todo caso, creemos que los textos que a continuación se reproducen testimonian el juicio expresado por su sucesor y actual Rector, Julio Martínez Martínez S.J., en su entrada en cargo el 23 de abril de 2012, al calificar la labor y la persona del P. José Ramón Busto como la de un magnífico Rector, con un buen gobierno, que ha hecho verdad la fórmula de tal tratamiento oficial mediante una síntesis muy excepcional –que adorna a poquísimos seres humanos– de inteligencia, integridad y entrega, cuya generosidad y disponibilidad inquebrantables lo distinguen como ejemplo de abnegación y de coherencia entre vida y palabras, en una combinación de universitario y jesuita que lo convierte en una gran maestro.

En este sentido, la compilación de los discursos de José Ramón Busto S.J. constituye un legado meritorio que, además, ganará valor con el devenir del tiempo ya que –con prosa rica y contundente– retrata en buena manera el

transcurso de los días de nuestra sociedad en la práctica totalidad de la primera década del siglo XXI. No escapa a este texto casi ninguno de los acontecimientos que urgían nuestro presente, pero, además, se encuentra trufado de sabrosas referencias históricas que, a modo de oportunas citas estructurantes, son traídas con habilidad para ilustrar sus pensamientos o consejos, y cómo no, entreverada, se nos regala una casi constante invitación a abrirnos a lo trascendente.

Esta antología tiene un título que, aunque con otro origen y otra intención, parece hacer un guiño al nuevo edificio del campus de Canto Blanco, que bien pudiera ser de las letras por las Facultades que allí tienen su sede (Teología y Ciencias Humanas y Sociales, antiguamente denominada de Filosofía y Letras), y que se ha estrenado, justamente, el último curso en el que José Ramón Busto S.J. es Rector de Comillas (2011-2012). En cuanto al “modo de usar de ellas” cabe decir que, durante todos estos años, José Ramón Busto S.J. nos ha dado buena muestra de cómo utilizarlas: “Los primeros jesuitas entendían que el cultivo de las letras se encontraba estrechamente relacionado con la virtud” (una idea popularizada por Petrarca), de ahí la importancia que la Compañía ha dedicado desde sus orígenes a los colegios y universidades (p. 77). Y como Rector ha tenido letras para todos los miembros de la comunidad universitaria; letras claras y certeras, letras llenas de significado, ya que como él mismo nos ha dejado dicho: “imperceptiblemente las palabras se van tiñendo de connotaciones más allá de su significado propio porque al usar las palabras las vamos cargando de valores” (p. 67). Nos habla el profesor, el investigador, el sacerdote, el jesuita; nos habla a todos o a un grupo concreto: profesores, investigadores, personal de administración y servicios, personal que alcanza la edad de jubilación, jóvenes doctores, alumnos, antiguos alumnos, patronos, etc.

Desde su discurso de entrada en el cargo de Rector, José Ramón Busto S.J. nos convoca a los miembros de la Comunidad Universitaria a que “reavivemos la ilusión”, en nuestro quehacer diario, para “poner lo mejor de nosotros mismos al servicio de la obra común” y, a tal efecto, nos propone que empecemos por “evocar... el anhelo” en cuantos nos rodean de la belleza y trascendencia de la labor a acometer (p. 19); que juntos, el Rector y la comunidad universitaria, podamos “alentar ilusiones, discernir deseos, resolver dificultades y acariciar ideas acerca del servicio que cada uno presta” (p. 22). Nos recuerda que la identidad de Comillas como Universidad Católica y de la Compañía de Jesús –lo repetirá en el discurso de despedida– está en su necesaria calidad y cualidad; finalmente, nos participa que él inicia su cargo con la ilusión renovada de con-

tribuir a que la universidad proporcione a la sociedad un horizonte de sentido, que la haga crecer en verdad, justicia y libertad. Precisamente, ésta es una de sus obras principales en estos años como Rector: la Universidad se ha hecho más Universidad, al tiempo que ha consolidado y reforzado su identidad.

Nueve años y cuatro meses después, cuando cesa como Rector de Comillas, comparte con nosotros que sus días al frente del rectorado también a él –como se puede leer en el libro de Job (cf. Job 7,1.6)– le han pasado “como los de un jornalero (...) que corren más que la lanzadera” (p. 179) y nos descubre una confesión bonita y sencilla: todos estos días ha sido feliz porque ha desempeñado un buen servicio, por lo que da gracias a Dios que le ha proporcionado la salud y el ánimo que ha precisado. Sin embargo, ni él ni nosotros olvidamos todo lo que han traído esos días, semanas y meses que a él le han pasado “como la lanzadera”, pero que han supuesto la refundación de nuestros títulos universitarios por las exigencias del Espacio Europeo de Educación Superior (el denominado “proceso de Bolonia”), de modo que –utilizando el símil tantas veces empleado por el Rector– hemos vivido poseídos por el síndrome de Penélope, tejiendo y destejiendo el tapiz, al albur de las solicitudes de hasta cuatro legislaciones civiles distintas en nueve años. Al mismo tiempo que dedica buenas palabras para su sucesor, P. Julio Martínez, y agradece a todos los miembros de la comunidad universitaria su trabajo y su ilusión, realiza una breve rendición de cuentas, reconociendo que ha tenido un comportamiento justo y diciendo con Samuel (1Sam 12,1-5): “¿A quién he oprimido o a quién he hecho mal? ¿De quién he aceptado soborno para hacer la vista gorda a su caso?”, a lo que los miembros de la comunidad universitaria podríamos responder con palabras semejantes a las de los israelitas: “No nos has oprimido, ni nos has maltratado, ni has aceptado nada de nadie” (p. 181). Como se decía al comienzo, la integridad personal ha sido un aspecto incuestionable de la conducta de José Ramón Busto.

Entre ese primer y último discurso, podemos leer otros veintinueve: casi todos de Apertura del curso académico respectivo, de celebración del Día de la comunidad universitaria y de Acto de graduación de los alumnos; a los que se añaden la Homilía pronunciada durante la Eucaristía celebrada por las víctimas de los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004 y una Nota de saludo, enviada en 2008, para sumarse a nosotros en la festividad de Santo Tomás de Aquino cuando se encontraba en Roma participando en la Congregación General 35ª de la Compañía de Jesús.

El lector comprobará cómo José Ramón Busto S.J. nos alerta contra la rutina y el tedio, ya que nuestros actos son únicos e irrepetibles: “el tiempo que se nos ofrece no volverá” (p. 137) y, además, “poseen una densidad definitiva y un valor eterno” (p. 35). Asimismo, en todo momento (y no sólo con las palabras, sino con su propio ejemplo de entrega y dedicación) nos trata de impregnar la cultura del esfuerzo: “sólo en el diccionario el éxito aparece antes que el trabajo” (p. 44); en nuestro escudo –nos dice– se representa un león con trece garras que “no solo es recuerdo curioso del Papa fundador, sino que ha de ser para nosotros símbolo del aliento que anima a la institución fundada y del compromiso de quienes empeñamos en ella lo mejor de nuestro esfuerzo” (p. 36).

Nos señala con el Padre Kolvenbach S.J. que el conocimiento no es neutro, porque éste implica valores y una concepción del ser humano (p. 111). Nos exhorta a contagiar a nuestros alumnos la pasión por la búsqueda de la verdad –frente a la apariencia de verdad– pero nos advierte sobre la importancia de nuestro ejemplo: “Formar significa transmitir –como por contagio– los valores en los que se vive”, más allá del programa hemos de enseñar a los alumnos a ser mejores personas poniendo experiencia y generosidad al servicio de su formación (p. 40). Con el Padre Arrupe S.J. nos invita al empeño por la verdadera calidad, que no consiste en “ser mejor que nadie” sino en ser capaz de “servir mejor” (p. 100).

En diferentes ocasiones nos menciona que la pedagogía universitaria del denominado Proceso de Bolonia no nos es nueva ni desconocida, pues la enseñanza de la Compañía de Jesús desde sus orígenes estuvo basada en una pedagogía centrada en la participación del alumno y en el aprendizaje práctico (*utilitas*); pero además, la educación jesuítica se sustentó y se sustenta también en la formación integral de la persona (*humanitas*); en el servicio a los más desfavorecidos (*iustitia*) y en la apertura a lo trascendente (*fides*). Dicho esto, no pocas veces nos repite que los rasgos y valores de nuestra identidad no se imponen a nadie sino que se proponen a todos, idea que constituye trasunto de su propia personalidad –forjada en el estilo de la Compañía de Jesús–, tan tajante en su esencia como enorme, radical, cordial y anímicamente respetuosa con la libertad de los demás.

Sabiamente y como proyección de su propia abnegación, nos explica respecto a las etapas de nuestra vida académica –fiel reflejo de las de la vida humana en todas sus facetas–, que “la existencia humana parte apoyada del empuje y entusiasmo que genera la fuerza vital de la juventud, se acrisola luego frente a

las dificultades, tiene que luchar para no perder la esperanza y se va abriendo a los otros al tiempo que da paso a la generosidad” (p. 46).

Así, a los profesores e investigadores propios de Comillas nos explica que tenemos una relación mutua de “pertenencia” con respecto a nuestra Universidad (p. 25); que nuestras promociones no son sólo una categoría académica que se adquiere sino principalmente una responsabilidad para servir más y mejor, para estar más disponibles, más entregados a la tarea común. Nos aconseja que, como Santo Tomás de Aquino, seamos innovadores y críticos de nuestra propia docencia e investigación; asimismo, nos recuerda que el profesor no puede engañarse “pensando que él enseña bien cuando el alumno aprende mal o no aprende” (p. 138). Respecto de nuestra faceta de investigadores nos repite que hemos de investigar “avanzando al sol y a la fatiga” (p. 64) volcando nuestro tiempo y motivación (aun cuando en ocasiones pueda faltarnos infraestructura).

A los egresados, en la entrega de las becas e insignias de Comillas, les habla de la satisfacción por trabajo bien hecho y de cómo su principal aprendizaje en su universidad ha sido, ante todo, intentar cada día ser mejores personas: “Algo anida en el corazón del hombre que le anima a caminar hacia delante y hacia mejor” (p. 31-2). Ese pensamiento es particularmente entrañable en el P. José Ramón Busto, puesto que, con un punto de ingenuidad inusual en un hombre de su perspicacia, siempre tiende a pensar bien de los demás, ahuyentando maledicencias y promoviendo una actitud compasiva hacia el ser humano. Por ello anima a los estudiantes a que aprovechen el día en un *¡Carpe Diem!* con acento diferente al habitual: “Aprovechad cada día. No dejéis pasar un solo día de vuestra vida sin haber mejorado un poco, sin sentirnos felices porque os habéis esforzado por hacer el bien” (p. 91). Les empuja a luchar por la libertad de todos, libertad que no consiste en elegir entre dos posibilidades sino que es “sencillamente la capacidad de hacer el bien...No hay verdadera libertad más que en el servicio del bien y de la justicia. Pues elegir el mal no es libertad sino cautiverio” (p. 73). Les recuerda, con el Padre Arrupe S.J., que nuestra tarea es formar hombres para los demás y, con Séneca, que el hombre es algo sagrado para el hombre (*homo homini sacra res*), así como, con Virgilio, que la suerte favorece a los valientes (*Audaces fortuna iuvat*, p. 136).

José Ramón Busto nos ha animado a que busquemos la felicidad con el significado que tiene la felicidad como vocación hacia una meta, no tanto como un estado en posesión. Entiende con Aristóteles que la felicidad terrenal se identifica con la *areté*, término griego a medio camino entre virtud y excelencia

(p. 85); y comparte con nosotros que no hay tanta diferencia entre utopía y realidad, que podemos hacer como El Quijote y tratar de construir la Universidad (o nuestra vida en la tierra) tal y como la deseamos: “píntola (a la señora de sus pensamientos) en mi imaginación como la deseo” (p. 65).

Por fin, como decíamos al comienzo de estas líneas, a todos nos ha propuesto –que no impuesto– que cultiváramos la dimensión de lo trascendente con pensamientos tan dignos de quedar como el siguiente: “El empeño de la humanidad no se agota en esta vida que parece sino que el hombre trabaja a veces sin saberlo para la eternidad. Si los esfuerzos que la humanidad lleva milenios acumulando en la tierra, generación tras generación, en último término, solo condujeran a los hombres a la nada, seríamos dignos de lástima y difícilmente podríamos escapar de la desesperación. Pero gracias a Dios no es así; todo lo bueno, lo justo, lo decente que construimos en esta vida lleva en sí la semilla de lo eterno” (p. 167).

Terminamos con otro testimonio. José Ramón Busto S.J. asistió en 2010, en Ciudad de México, a una reunión de más de 200 universidades e instituciones de enseñanza superior dirigidas por la Compañía de Jesús, para discutir en torno a los “Retos para la formación superior jesuítica en el mundo globalizado de hoy”. En el marco de un ambiente verdaderamente satisfactorio –fueron días en que por el alma corría aire fresco– y, tras una Eucaristía presidida por el Padre General, José Ramón Busto –contagiado por el entorno de alegría y autenticidad– se allanó en una sobremesa a hacer una confidencia: contó que siendo adolescente rezaba a Dios y le pedía “dame, Padre, un corazón bueno y el don de la sabiduría”. Podemos pensar, quienes hemos repasado sus escritos y, sobre todo, lo hemos acompañado de cerca en sus actos, que Dios ha escuchado a ese niño en oración, pues bondad y sabiduría abundan en José Ramón Busto, S.J.

Madrid, 19 de noviembre de 2012

Cristina Gortázar Rotaèche
Antonio Obregón García